

Saúl Sosnowski

Una identidad en la zona de las múltiples

Como sigo creyendo que hay un orden en el universo y que, siguiendo algunas pautas de Borges, considero que también el caos lo tiene, no creo casual el haber encontrado hace poco mi “Cédula de identidad”. Emitida por la Policía Federal y firmada en septiembre de 1956 por el Inspector General, Director de Investigaciones, Roberto Albarracín (apellido que lo acerca a Sarmiento), consigna mis datos básicos y deja en blanco el espacio para “Señas particulares visibles”. Siendo un trámite oficial, la suma de los datos da como resultado una “cédula”, pero no tanto una “identidad”. Sin embargo, también están la impresión dígito-pulgar derecha y una foto: en una pose de tres cuartos de perfil (creo que eso exigían), traje (seguramente de pantalones cortos) y corbata, se ve claramente una estrella de David en el ojal.

Como en tantas otras ocasiones, ciertas raíces hebreas ayudan a dilucidar el diálogo que podría surgir de ese escueto documento, por cierto fundamental para acceder al colegio secundario y a todo otro trámite posterior. Una misma grafía hebrea permite ser leída como *panim* (rostro) y como *pnim* (lo interior); otra grafía, *bgd*, con un juego de vocales puede ser leída como *begued* (atuendo, vestimenta) o apuntar a “traición”, lo cual conlleva encubrimiento y otras variantes de la decepción. En este caso, pues, el símbolo emblemático de la estrella, el nombre y la firma, la impresión digital y la imagen, confluyen en darle identidad a esa cédula. Como en todo documento formal, los datos consignan un cuerpo; lo que falta es lo que hace de ese cuerpo una figura singular en nada reducible a una secuencia numérica.

Hay una exigencia tácita en el acto de indagar la “identidad”, en el saber quién y qué soy dentro de qué y quiénes somos: el individuo en la comunidad; la palabra en el texto que se sigue escribiendo y leyendo a diario; el modo de adquirir un nombre e imponerlo ante los demás. La dinámica ser-estar, en la medida en que la posesión del nombre remite a voluntades mágicas, es adecuadamente remota y propia de culturas sumamente disímiles. Del diálogo de Moisés con Dios y traduciendo la respuesta divina *Ehié Asher Ehié* como “Seré Quien

Seré”, “Seré Quien Deba Ser”, deduzco que esta versión es más poderosa que “Soy Quien Soy”, pues implica un proceso, un devenir. De algún modo anticipa lo que se ha vuelto un lugar común de todo tratado sobre la identidad: ésta no es esencia sino construcción; identidad en movimiento.

De ser así, resulta comprensible que cuando le preguntaron al poeta Héctor Yanover si tenía problemas de identidad, respondió que no los tenía, que donde estaba, estaba 100%. La respuesta, por cierto anecdótica, posee un sesgo de ironía y hasta de comicidad al provenir de un poeta judío-cordobés de larga raigambre porteña. Sirve, a la vez, para comenzar a interrogar el sentido mismo de la coexistencia de múltiples identidades en un cuerpo, así como en un corpus literario-cultural, sabiendo que la identidad se consigue con la conciencia de ser.

Se suele decir que ninguna otra región del mundo ha interpelado el tema de la identidad tanto como Latinoamérica; y desde hace ya varias décadas, como lo demuestran múltiples publicaciones, congresos y asociaciones académicas, quizá ninguna otra comunidad regional lo haya hecho tanto como la judía. Si fuera necesario otro modo de calibrarlo, bastaría con revisar la nómina de textos que aparecen bajo este rubro, muchos de los cuales son una entrega a la moda –aspecto que inmediatamente nos llevaría a plantear una normativa y a evaluar una estética puntual.

Cuando en una mesa redonda celebrada recientemente en Jerusalén nos planteamos qué es lo que transforma a un texto literario en una página merecedora de las letras que nos ocupan, la respuesta surgió en ídish: *dos pintale id* –no el *Id* de Freud, sino ese “puntito judío” que es un *aleph* arraigado en la confluencia de sentimiento y conocimiento. Ese puntito me lleva a la mirada, tanto a la interna que cada uno de nosotros indaga para saber quién es, como a la externa, la de quien nos define al margen de nuestra voluntad y posición. Excepto por el color de los ojos, todo cambia al estar supeditado a voluntades propias o ajenas. ¿Será que en este caso, entonces, vale especular sobre la identidad a partir de la mirada (y hago caso omiso de las caricaturas anti-semitas que así lo hicieron; no es a esa mirada a la que me refiero)? ¿Qué visión de mundo obtenemos a partir de nuestra pertenencia y adscripción al amparo de una o más de nuestras compartidas identida-

des? ¿Será que antes de enunciar y ser definido (o de autodefinirnos) ya hay “algo” que marca una visión de mundo diferenciada?

De la expresión en ídish –que también se hubiera dado a partir de su equivalente en ladino– se deriva una pregunta que para Ioram Melcer, otro miembro de la mesa, es un hecho desde la perspectiva israelí: La literatura judía es diaspórica. El tema no es nada nuevo,¹ pero lo menciono porque alude tanto al tema de las lenguas por así decir “judías”, como a la temática que define a una literatura como judía. Para problematizarlo más basta con pensar en obras tan emblemáticas como las de tres premios Nobel: la narrativa de Agnon en hebreo, de Bashevis Singer en ídish y de Saul Bellow en inglés. En este caso, si bien construyeron sus mundos en distintas lenguas, su singularidad y cercanía se dan por sus respectivos mundos literarios; sus países de origen o de residencia, en tanto definidores de identidad nacional, posiblemente no hayan tenido el peso que sí tiene su comunión con la cultura judía.

Creo que tenemos razón al reconocer nuestra nacionalidad como un factor determinante de la identidad pero, al margen del color del pasaporte, sabemos que ya no somos de un solo lugar. Identidad, entonces, por ahora suma un cuerpo portátil que habla-piensa-sueña-ama-escribe en más de una lengua y reside en territorios flotantes de los cuales asimilará (o no) aspectos diferenciales. De ser así, la identidad se desplaza desde un centro y se dirime en la periferia, sobre y en torno a la piel. Pero aún entonces es pacto, es pertenencia. Aclaro: es voluntad, deseo y acto de pertenecer a una comunidad (o a más de una) en un esquema al que cada individuo le otorga coherencia y al cual es aceptado desde su afuera.

Originariamente, la identidad judía, con todo su *ethos*, creencias y prácticas, estuvo ceñida a un territorio. Desde la dispersión impuesta por el Imperio romano en el año 70, y hasta hace poco más de 60 años, lo judío era percibido y aceptado internamente como diaspórico; rezos y esperanzas insistían (insisten) en el retorno a Sión. La ideología antisemita entendía la diáspora judía de otro modo: el judío era

1 Un ejemplo: *What is Jewish Literature?* es un volumen editado y prologado por Hana Wirth-Nesher (1994). Este aspecto también fue motivo de reiterados debates con A. B. Yehoshua en múltiples encuentros.

“internacional”² es decir, desarraigado, amenazante, una cuña foránea incrustada en otras naciones, un personaje desterritorializado. Sin una nación propia, al no estar, o al estar en todas partes, no era. Decir que el judío estaba (y está) en todas partes no es erróneo; sólo es errónea la interpretación de lo que significa convivir en otras sociedades y siempre como minoría. Vuelvo entonces a los orígenes: *ivrí*, hebreo, es quien viene del otro lado (del río Jordán). Acotaría: *ivrí* es quien cruzó esa frontera para adoptar otra posición, otra manera de ser. *Israelí*, derivándolo del nuevo nombre asignado al patriarca Jacob, es quien sobrevivió al combate con el ángel. En ambos casos el nombre designa una identidad otra, alternativa, diferente a la generalizada. Y la diferencia irrita, es molesta; denuncia otras opciones y para coexistir es necesario vestirse con un manto multicolor: ser uno y múltiple; ser uno mismo y diverso.

La identidad también puede ser percibida como un relato montado sobre crónicas de una comunidad; suma de historias, legados y valores. Una de sus vertientes es exclusiva y atañe a los artículos de fe: digamos que a la vida privada y a la esfera más íntima; la otra, la pública, es la que se enuncia en la lengua que define a su nación y/o en una lengua cuyo sabor le es más propicio. Me atrevería a decir que entiendo y siento las identidades múltiples que nos habitan como una riqueza ontológica.

No es nada casual que alarmados por el más reciente oleaje globalizador (se suele olvidar que, entre otras, la humanidad ya fue sometida a los embates de la globalización griega, cristiana y musulmana) muchos teman por su “identidad” –frecuentemente sin alcanzar a definir con precisión qué es esa identidad y refugiándose en macrocategorías (europeos, latinos, hispanos...). Cabe preguntar entonces, ¿será que toda identidad es tribal en la medida que es idiosincrática, recortada, acotada, exclusiva? El género humano como tal no tiene identidad, sólo la tienen los hombres cuando se segmentan en cuadros diferenciados que señalan su peculiaridad, sea ésta de nación, raza, género o la infinidad de fraccionamientos a los que nos hemos acostumbrado. Al hablar de identidad trabajamos sobre la diferencia y

2 Valga como muestra *The International Jew – The World's Foremost Problem*, 4 tomos publicados por Henry Ford y los editores de *The Dearborn Independent* entre 1920 y 1922.

también en ese sentido se puede pensar en lo tribal, en el ser miembros de una tribu. “Members of the tribe” –dicen algunos judíos en Estados Unidos para apelar a una segmentación genérica cuando ya dentro del judaísmo también se pretende (o no) definir quién es y qué tipo de judío se es.

En la confluencia de lo judío-latinoamericano me he detenido más en la ribera del judaísmo porque definir lo latinoamericano me parece menos conflictivo: la partida de nacimiento asienta ese dato. Su eventual cuestionamiento sólo se dará a partir de la ignorancia y de sus variantes antisemitas.³ Una vez instalados ante el recetario de identidades cabe preguntar: ¿qué ingredientes y qué proporciones de esos ingredientes determinan el ser judío-latinoamericano, en sus correspondientes variantes nacionales-regionales-barriales?, y ¿qué grado de ignorancia y suposición de saberes de cada uno de esos ingredientes resulta tolerable para no descalificar el resultado? (Entiendo que en cuanto a esto último paso de un sistema de clasificación al campo más maleable de los valores estéticos.) Territorio y conocimiento del terreno, entonces. Sin apelar a las categorías de lo sacro y lo profano volvemos a la relación de geografía e historia: toma de posesión de los componentes de la identidad.

A juzgar por el corpus de las letras judías-latinoamericanas sospecho que a la mayoría de los autores que leemos les tiene sin cuidado este énfasis. Y, sin embargo, siento que corresponde señalarlo tan siquiera como síntoma, sin por ello manejar un modelo ortodoxo de lo permisible desde la veta judaica. Después de todo, se trata de literatura y no de teología, de invención y no de legislación. El sistema literario se construye con esos materiales y son éstos los que pretendo ubicar en este mapa.

Ya dentro de ese mapa, los autores que trabajamos, ¿acaso pertenecen a la literatura judía –asumiendo que sabemos qué es “literatura judía”? Su hábitat está en lo regional y nacional o en la coexistencia que marca el guión, pero lo suyo no es literatura judía en sí. Aclaro: cuando aludo a literatura judía, lo hago remitiéndome a algunos clásicos de diferentes épocas y espacios. Pienso en Yehuda haLevi y en Ibn Gabirol o, ya más cerca de nosotros, en Bialik, Sholem Aleijem,

3 “Ruso nacido en Entre Ríos”, le responde el soldado Máximo Yagupsky al sargento que le pregunta si es ruso o argentino (Diament 1977: 145).

Agnon, autores que no requerían de un marcador nacional adicional para saber quiénes eran; autores cuya cotidianeidad, la fibra misma de sus vidas y de sus letras, estaba atravesada por el *ser* judío, por el *saber* judaísmo, por saber ser judíos sin necesitar ningún otro apelativo.

Para evitar malentendidos: no propongo filtros para decantar el ser judío; simplemente señalo que los autores que nos convocan a encuentros como este simposio son reconocidos por su inserción en sus respectivas literaturas nacionales y no por el hecho de ser judíos ni, en la mayoría de los casos, estar informados por el judaísmo. Esto nos permite, de paso, abolir toda necesidad de compartir la senda ortodoxa. Las variantes se dan tanto en la dimensión de los saberes como en la articulación de esos saberes con las letras locales. Pongo como ejemplos –todos ellos sujetos a precisiones adicionales– las lecturas que podemos hacer de Esther Seligson frente a las de Angelina Muñiz-Huberman cuando apelan a tradiciones judaicas del *midrash* y de la Cábala; de Juan Gelman frente a Alberto Szpumberg; de Marcos Aguinis, Ricardo Feierstein, Tamara Kamenszain y Luisa Futoransky frente a Mario Goloboff, Humberto Costantini y Edgardo Cozarinsky, o frente a Pedro Orgambide y David Viñas; de Isaac Chocrón y Sonia Chocrón; de Isaac Goldemberg y Mario Szichman frente a Sergio Chejfec y Andrés Neuman.

Me apresuro a agregar de inmediato una dimensión adicional que surge de la enumeración de estos nombres: la exílica. ¿Cómo afecta el cambio de geografía la auto-percepción de la identidad? ¿En qué medida esa misma experiencia recupera para algunos de estos autores los estratos judaicos que habían estado sumergidos o descartados bajo la pátina de la nacionalidad, el compromiso político y la integración a la cultura laica de la región? O, en otra dirección, ¿qué perdura de lo heredado con cada larga estancia fuera de lugar? Esto último se aplica más que a lo judío, a lo nacional, que bien puede ceder terreno (o no) a los tonos de otras latitudes.

Ya no somos de un solo lugar, decía antes, y las adscripciones identitarias (por lo menos los documentos de identidad) seguirán cambiando, pero nada impide ser judío aun viviendo en tránsito, precisamente porque el serlo no está ceñido al lugar de nacimiento sino a una tradición y a un espacio ansiado –a un lugar que es material pero también utópico en el imaginario del espíritu.

En muchos fraccionamientos de la extensa diáspora, el estudio llegó a ser un sustituto del territorio, aunque el sostén más constante fue el ejercicio de la fe. Los saberes son portátiles, constituyen una propiedad móvil y, dependiendo de su especificidad y práctica, han sido (y siguen siendo) un medio eficaz para la integración en toda sociedad tolerante. Esa capacidad de ser uno y múltiple, que registramos en los autores que cité como ejemplos, es propia de otras experiencias cuando una minoría se asume y expresa como tal en el lugar que logra liberar dentro de una cultura dominante.

La noción de que la cultura es una larga conversación, en este caso se multiplica: son varias las culturas que conversan para dar lugar a las letras judías-latinoamericanas y eso complejiza y enriquece el deseo de precisar la identidad ya que ésta no es un enigma matemático ni se reduce a un algoritmo.⁴ La identidad (la simple de la cultura dominante o la múltiple de una minoría, que es o se siente como tal al margen de su grado de integración) está en la lengua; es la lengua. La identidad es como la esfera íntima cuando se reconoce en el enunciado de su nombre secreto, cuando se está consciente de que ése es su verdadero nombre. Lo cual no está reñido en modo alguno con los otros componentes que suman una identidad diferenciada.

Los textos exegéticos de Rashi (Rabí Shlomó Ytsjaki, 1040-1105) a la Biblia y al Talmud fueron escritos, como no podía ser de otro modo, en hebreo. Cada tanto, para esclarecer algún dato, Rashi suele mencionar los nombres equivalentes en otros idiomas, pero cuando apela al francés, dice *bilshoneinu*: en nuestra lengua. “Nuestra lengua” es la del territorio que habitamos físicamente y ésta coexiste con la otra, con el hebreo, que me dice quién soy y a qué comunidad pertenezco. Salvando las distancias, y como la imagen en el espejo, creo que eso es lo que buscan los autores que marcan su inscripción en el judaísmo apelando a las pocas (o a las numerosas) palabras que paladean del ídish, del ladino o del hebreo.

4 Marcos Aguinis (1985: 58): “[...] más que una cultura”, los judíos “*son un diálogo incesante de culturas. Son un sistema de culturas* que se extiende a lo largo de la historia y a lo ancho de la geografía”.

Pertenezco a la lengua de mi territorio, del país que me otorga mi cédula de identidad, y soy también de esa otra zona que informa mi herencia y me sostiene en el continuo de este tránsito.⁵

Bibliografía

- Aguinis, Marcos (1985): “De la legitimación apologética a la crítica reparadora”. En: *Hispanamérica*, 14, 42, pp. 57-64.
- Diament, Mario (1977): *Conversaciones con un judío*. Buenos Aires: Timerman Editores.
- Wirth-Nesher, Hana (ed.) (1994): *What is Jewish Literature?* Philadelphia: Jewish Publication Society.

5 Como respuesta a “¿qué es identidad?”, me escribe Arnoldo Liberman: “quizá la mejor definición la haya dado el viejo desde el cielo: *ehyeh asher ehyeh*, aunque la mejor traducción es ‘yo resultaré ser lo que resultaré ser’, cosa que complica la interpretación. Todo lo demás, son las riberas del pensamiento”.